

# Las Novelas de Merino Reyes

por Juan MARIN

EN EL AÑO 1954, cuando nos encontramos en Chile, recién regresados de India, la Editorial Zig-Zag llamó a un concurso nacional de escritores para premiar a la mejor novela chilena inédita en esa fecha. Como galardón ofreció un premio substancial, de un monto no acostumbrado hasta entonces en nuestro país. Respondieron al llamado más de un centenar de escritores con otros tantos manuscritos. La Editorial quiso dar especial seriedad a. certamen y para ello estableció que el jurado sería integrado por tres personas: Hernán Díaz Arrieta, crítico literario de "El Mercurio", representante a la crítica oficial; Pedro Lara Urquieta, Secretario de la Academia Chilena de la Lengua, en representación de los académicos; quien esto escribe —que en esos momentos ocupaba la presidencia de la Sociedad de Escritores de Chile—, como personero de los escritores. Tuvimos un trabajo arduo e ingrato y las dificultades de la selección fueron por cierto considerables; nos repetimos las obras por lotes de diez y veinte manuscritos que después intercambiábamos, marcando en anotaciones orivadas nuestra opinión, de acuerdo a un puntaje que iba de cero a diez. En una de las sesiones de trabajo que periódicamente celebrábamos, Alone, con su habitual perspicacia, y con ese ojo certero del crítico experimentado atrajo nuestra atención hacia una obra que a él había especialmente impresionado: se trataba de una novela de ambiente santiaguino ubicada al nivel de la clase media.

Era una obra extraña, casi completamente ayuna de adornos literarios, de imágenes poéticas y de perfecciones estilísticas musicales gratas al oído. No había aquí nada de eso. Era ésta una prosa desnuda, descarnada y sintética. Una prosa que no concedía transacción alguna al lector, nada que pudiera halagarle ni el oído ni los ojos y ni siquiera su sensualidad. Y, sin embargo, había algo allí que cogía y aprisionaba, que no soltaba del embrujo de su atmósfera peculiar. Había allí un talento novelístico que no podía pasar inadvertido.

La selección continuó, infatigable, hasta el final: fue una jornada dura y meticulosa; primeramente decidimos escoger los 30 mejores manuscritos del conjunto; luego, mediante votaciones escritas, fuimos reduciendo esos 30 a 15 y después a 5 finalistas. Dentro de éstos cinco elegimos Primero y Segundo premio y las Menciones Honoríficas, cuyo número hubo después que ampliar considerablemente, debido a la gran cantidad de manuscritos con notas óptimas. La obra premiada se llamaba "Regazo Amargo", y su autor resultó ser Luis Merino Reyes.

Esta novela no había de ser sino el primer paso en un camino que su autor se había trazado, cambiando singularmente sus técnicas anteriores de cuentista y de poeta. Afinándose, puliéndose, podando cada vez más, Merino Reyes publicó hace tres años una segunda novela del mismo género, "Última Llama"; obtuvo con ésta tanto éxito como con la anterior, y ahora, a mediados de este año de 1962, bajo el signo de "Nacimiento", ha entregado al público "La Vida Adulta". Todo aquello que empezó a delinear y definir en "Regazo Amargo" y que se ajustó y perfiló aún más en "Última Llama", se expande ahora en plenitud en su última novela. No sabemos nosotros si Merino Reyes es un lector de Hemingway, de Steinbeck y de Faulkner, pero hay algo en su técnica que nos hace recordar, a los autores de "Farewell to Arms" y "The Sound and the Fury". El diálogo es muy marcadamente "steinbeckiano", lo cual no significa que hay en él influencias del autor de "The Grapes of Wrath" y de "The Winder of our Discontent", sino simplemente que estamos tratando de encontrar analogías para mejor definir a este originalísimo autor.

Así como Maluenda evoca a Mau-pasant, y Latorre, con muy escasas excepciones, es un Pereda criollo, y Rojas es un Gorki "a la americana", Merino Reyes ofrece en cambio notables

semejanzas con los autores americanos más modernos y más descarnados, aquellos que son y siempre quisieron ser los más "antilitrarios" en nuestro tiempo. Quien no conoce a Merino Reyes podría creer que es el más joven de los novelistas chilenos, posterior aún a Enrique Lafourcade y a Jaime Laso y a Alfonso Echeverría. Pero no es así: Luis Merino Reyes es un hombre maduro que bordea ya la cincuentena y que ha publicado más de una docena de libros, entre poesías, cuentos, ensayos y novelas. Su estilo es, por consiguiente, el resultado de una decantación, de una depuración, de un alquitaramiento con respecto a sus técnicas anteriores.

Para lograrlo ha debido, seguramente, ejercer una dura disciplina y casi diríamos un implacable autocastigo. Ha necesitado también emplear una enorme sinceridad espiritual. Nada de con-



LUIS MERINO REYES

cesiones al burgués ni con el literato, ni con el preciosista, ni con el romántico, ni con el "tremendista" ni con el "engagé", ni con el populista, ni con el torremarfilista. A solas consigo mismo y a solas con su tema, Merino Reyes construye su creación novelística con la misma precisión del técnico que realiza un experimento de física encerrado en su gabinete.

Nunca Merino Reyes ha dejado entender que conoce la psicología o que estudia secretamente el psicoanálisis. Y, sin embargo, todo está allí. ¿Quién le ha entregado ese conocimiento? ¿La vida? ¿La experiencia vivida? ¿O es que acaso Merino Reyes es un estudioso profundo que disimula todo lo que sabe como esos alquimistas del siglo XIII que sólo entregaban la quintaesencia de lo que habían destilado de sus retortas y alambiques, sin dejar ver el misterioso proceso de la penosa y tensa elaboración?

Se ha dicho de Merino Reyes que sus obras rebosan sensualidad. Sí, eso no se puede negar; pero no es la sensualidad mórbida de un Flaubert o de un Proust, sino un sensualismo casi aséptico, un sensualismo de laboratorio. No se deleita en la descripción del tema erótico ni cae en la obsesante complacencia de un Henry Miller, en "Trópico de Cáncer", o de Nobokoff, en su celebrada obra "Lolita". En Merino Reyes la nota voluptuosa surge repentinamente, inesperada y detonante en medio de una escena, en mitad de un diálogo. Luego el autor pasa sobre ella movido por un curioso dinamismo que lo hace perseguir la vida a grandes zancadas, como temeroso de que se le escape de las manos.

Auguramos a "La Vida Adulta", el éxito que se merece en la densa y nutrida producción novelística chilena actual.

Washington, D. C., julio de 1962.